

La unidad de medida de la honra

*Puntillos de honra · Puntos de honor · Pundonor.
Puntilloso · Pundonoroso.*

¿ El honor o la honra se miden por puntos o por puntillos? Al trigo se lo mide, cómodamente para el mercado, en quintales, al oro en onzas, a los diamantes según quilates, —y a protón o electrón en cuatrillonésimas de gramo.

Tiempos hubo en que un lunarcito bien colocado realzaba la belleza de un rostro, hasta que médicos y radiólogos descubrieron no sé qué relaciones entre lunares y una innominable enfermedad; y desde entonces al diablo se fue la belleza de ciertos lunares.

La honra pareciera debe ser, para hispanos en especial y latinos en general, de cara tan lisa, limpia y tersa, cual la del mejor espejo, veneciano o no. Ni un lunar, ni un punto, ni un puntillo. Y, por supuesto, nada de manchas, así sean de esa superficie, nula en principio, del punto, o la de ese infinitesimal de segundo orden que es el puntillo.

Por un «quítame allá esas pajas» o por «un puntillo de honra» dos pretenciosas cañozas de dos noblejos atascaban una calle, hasta que se decidiera, allá en Madrid, por rey s despreocupados de los problemas reales de sus pueblos, quién debía dar paso a quién.

Por otros puntillos de honra había que reservar e la iglesia lugar preeminente a doseles de dignatarios y a reclinarios de damas, en presencia del Dios de quien todos somos, y confesaban ser, por igual, hijos, siendo éi, por igual, Padre

de todos. El puntillo de honra podía más que Evangelio y Teología.

Y, desgraciado del que ignorara o pervirtiera los títulos de tratamientos: esos puntos y puntillos de Excmo., Ilmo. Majestad, Alteza, Señor... Duque, Marqués, Conde... a los que ya, en tiempos de Voltaire, se daba la deliciosamente graciosa denominación de «fable convenue», y en la Italia actual, si no me equivoco, la genialmente acertada de «pseudónimos».

La democracia ha barrido con muchas cosas de esas; frecuentemente la Constitución misma se da el trabajo, o el artículo, de prohibir su uso, y quedamos todos en el nivel de ciudadanos, cumpliendo, sin a veces saberlo, de manera nueva lo del Evangelio: todos somos hijos del mismo Padre celestial; todos somos, por generación divina, hermanos. El primogénito es Cristo, quien jamás se dio otro título que el de «hijo del hombre», que es, como si dijera, hijo de nadie: uno del pueblo.

Pero democracia es una forma de vida o convivencia *política*, refrendada o no jurídicamente; no un remedio o cura radical de defectos o proclividades de la naturaleza humana.

Ya no por privilegios reales sino por «puntillos de honra» se atasca el tránsito en nuestras calles, por no dar o ceder el paso un auto a otro. Le va a un conductor esa negra honrilla de «pájaro bravo», en no ceder. Y allí se quedan mirándose rencorosamente, a ver quién cede, los mismos que se burlaron, a lo mejor, de sus antepasados, atascados en una calle de Caracas la Vieja —los dos, a distancia de siglos, por «puntillos de honra», de honra *individual*; que esotro de «honor ciudadano» se mide, cuando más, por quintales métricos, y a precio de trigo, avena, maíz: un grano no cuenta, ni cien tampoco.

Si tomáramos ahora cual «punto de honor» pagar al Estado hasta el último centavo debido según las leyes, en vez de gastar el sentido del honor de «pájaros bravos» en hacernos los «vivos», defraudando a toda entidad colectiva, y a los particulares que se descuiden —tontos de ellos, benditos, cándidos y... quede al lector añadir una palabra que comienza por p...— podríamos reírnos, con razón, de las ridiculeces de nuestros antepasados en cuanto a títulos y doseles.

«Lo mismo de otra manera», dicen los lógicos, pervierte el principio de identidad.

Punto de honor, puntillos de honra por puntillos de honra, más de uno preferirá los de nuestros antepasados; que una carroza tirada de caballos decorosamente enjaezados, es, hasta por estética, preferible a un auto, como de seguro lo es la vestimenta de los nobles comparada con la usada por tantos «descamisados» y «maleducados» conductores o poseedores de las últimas marcas de autos de lujo.

Y punto de honor por punto de honor, es tan ridículo llamar y dejarse llamar, de palabra y escrito, Doctor quien no lo es, como Excmo. Sr. quien, por razón del cargo, lo es —sea o no excelente o excelentísimo la persona. Ya no parece a tantos ridículo el que los llamen doctores, no siéndolo. Todo el mundo es ya «doctor», mientras no se demuestre lo contrario, como allá en mi tierra todo el mundo es «hidalgo», y desgraciado del que pretenda poner a cada uno en su lugar.

Siempre lo mismo de otra manera; y no salimos de medir la honra por puntos o por puntillos.

Tratemos de discutir el principio: la honra, el honor, ¿ha de medirse por puntos o por puntillos?

No, renó y recontránó.

Sólo los *vanidosos* miden la honra por puntos y por puntillos. Los *soberbios* la miden por quilates, cual los diamantes.

No puede ser soberbio quien quiere serlo, sino quien puede. Mas vanidosos podemos serlo todos; y es la vanidad, casi irresistible proclividad, barata y corriente, en la especie humana y casi la única forma de egolatría posible a mitos y jóvenes —y a viejos verdes.

De puntillos sueltos, de gotitas de agua, se compone una nube, y de ellas surgen esas formas fantásticas a veces, vulgares otras, provistas algunas de nombre tan vulgar cual el de «borregos», siempre rellenas ampulosas, ostentosamente arreboladas, blancas o negras; mas llegada la hora de la verdad, la de llover, toda el agua de las nubes no levanta un milímetro la superficie del mar, y de ordinario ni siquiera llega a hacer rebasar las empedradas riberas del nuestro Guaire ciudadano.

Poco diamantes hay en el mundo que ocupen unos centímetros cúbicos; tróquese a un diamante en gas de áto-

mos de carbono, y dará una nubecita que rellenará unos metros cúbicos.

Nube es agua «vanidosa». Diamante es carbono «soberbio». Nube se mide por puntillos, pues es puntillos: unos trillones de gotitas por metro cúbico. Diamante se mide por quilates; «es cuerpo cristalizado», estructura geométrico transparente; cada átomo en su puesto, y todo en un lugar distinguidamente finito y delimitado, en estado superlativo de sólido, ápice de la escala de dureza, rayable sólo por si mismo, insensible a pretenciosos rasguños.

«*En saber delimitarse se muestra el Maestro*», —nos advertía Goethe.

«*No ofende quien quiere sino quien puede*», recordaba Don Quijote a Sancho, en ocasión bien a punto. Quien puede ser ofendido por todos, quien puede ser rayado por todo, es de cera o de jabón, no de diamante. Siempre de escaso valor real —material y espiritual.

La honra del soberbio se mide por quilates.

La honra del vanidoso se mide por puntillos.

Y no olvidemos que vale la proposición inversa --a formular por el lector.